

aguja que eleva, **hasta** perderse en el espacio, la estatua de bronce **dorado** que representa á la Virgen María. La vimos **bañada** por los rayos del sol y de ella se desprendían **vivísimos** fulgores; la contemplamos en una noche serena, **y** entonces sí que verdaderamente le formaban una **corona** las estrellas del cielo.

Por la misma plaza del Duomo se entra en la espléndida galería que **tiene** la forma de una cruz y se halla cubierta con **cristales**. Los brazos de la cruz convergen á una rotonda, **mejor** dicho, á una glorieta octágona, sobre la cual se **levanta** la majestuosa cúpula también cubierta de **cristales**, y adornada con frescos que representan á **Europa**, Asia, Africa y América. Dentro del arco interno **superior** hay un gran reloj que señala las horas por **medio** de un hilo eléctrico.

Esta Galería, **que** no tiene rival ni en París, debe visitarse por las **noches**, pues aumentan sus encantos los grandes aparadores de los establecimientos mercantiles, la profusa **iluminación** producida por focos eléctricos, las músicas de los **cafés** y el bullicio de la muchedumbre que va y viene por los amplios cruceros pavimentados de **mármol**.

Siguiendo la Galería se llega á la plaza del Teatro de la Scala, famoso **en** todo el mundo. Su fachada, elegante en cierto modo, **no** ofrece particularidad alguna; en cambio su **interior**, perfectamente decorado, es digno del renombre de **que** disfruta. El salón de espectáculos ó del público **tiene** seis órdenes de palcos, incluso los de galería, todos ellos engalanados con riquísimos cortinajes. El patio que comprende la orquesta, puede contener setecientos espectadores cómodamente. En

cuanto al palco escénico, poco es el elogio que se haga de él, pues á no dudar es el más extenso de todos los de su género, de suerte que se pueden montar en él las óperas de más aparato con todo el que exigen los autores.

Bien sabido es que, por la calidad del auditorio, la Scala forma la reputación de compositores y artistas. La obra ó el cantante que hayan recibido la sanción de aquel público severo é inteligente, puede recorrer los más reputados escenarios de las grandes capitales. Esto no obstante, su fallo en ciertas ocasiones no ha sido justo, y bien lo recuerdan algunos *fascos* inmerecidos que allí tuvieron alguna vez Rossini, Verdi y otros varios.

Con empeño deseábamos oír una ópera en Milán, sobre todo en la Scala, para apreciar su famosa orquesta y sus cantantes; pero desgraciadamente murió Verdi el día de nuestra llegada, y tanto éste como los demás teatros, no sólo de la ciudad, sino de Italia, cerraron sus puertas.

La muerte de Verdi, sin que se crea que exageramos, fué causa de duelo nacional; tal era la admiración que en todas partes profesaban al insigne Maestro.

Anexo á la iglesia de Santa María de la Pasión se encuentra el Conservatorio de Música, de fama universal. El edificio es grande y está bien distribuído. Cuenta con un escogido cuerpo de profesores, y hacen sus estudios en él 300 alumnos de ambos sexos, no sólo de Italia sino de varios países de Europa y de América.

La gran metrópoli de la Lombardía posee un número competente de templos, todos magníficos y muy

semejantes á los de Roma. Citaremos de paso: San Carlos, con su columnata, tiene el aspecto del Panteón de Roma, y una cúpula monumental; San Francisco de Paula, de estilo barroco, con una buena bóveda; San José, dotada de hermosos bajo relieves; San Protasio, de las más antiguas, que semeja una gran sala; San Marcos, de estilo lombardo, con un gran cuadro que representa á Daniel en el foso de los leones; San Antonio Abad, con su campanario antiguo; San Esteban *in Broglio*, que posee un buen cuadro de la Crucifixión; Santa María de la Pasión, con una cúpula grandiosa; San Juan de Letrán, llamado así por León X, que tiene en la fachada un bajo relieve de la Degollación del santo Precursor de Cristo; Santa María de los Milagros, donde se cree que sufrieron el martirio San Nazario y San Celso; San Lorenzo, cerca del cual se conservan unas soberbias columnas, restos de la grandeza romana; Santa María de la Victoria, erigida por los milaneses en acción de gracias por el triunfo que obtuvieron contra Ludovico de Baviera, en 1328; el Santo Sepulcro, levantado en tiempo de las cruzadas, á semejanza del Santo Sepulcro de Jerusalén; y por último San Ambrosio, donde reposan las cenizas del santo doctor, con las de San Gervasio y San Protasio. En esta basílica reprochó San Ambrosio al emperador Teodosio la matanza de los tesalonicenses; tuvo lugar la conversión de San Agustín; fueron coronados Berengario I rey de Italia, Othón el Grande, Enrique IV y otros, y se introdujo por el santo doctor el canto de los Salmos, que luego se generalizó en toda la Iglesia. Grata impresión causa en Milán el sonido de las cam-

panas: afinadas todas perfectamente producen acordes que se escuchan con placer, pues cuando llaman á los divinos oficios esparcen por los aires los ecos de hermosas armonías.

No debemos pasar en silencio la torre de San Ambrosio, monumento erigido por los milaneses en honor del santo Arzobispo á quien tantos beneficios ha debido su patria. Se encuentra á poca distancia de la plaza del Duomo, y todo viajero contempla esa torre con interés por los recuerdos que evoca. Vese en ella la estatua de San Ambrosio, y la adornan inscripciones que son un recuerdo de la gratitud del pueblo á quien amó con todo el celo que inspira la caridad cristiana.

Uno de los monumentos que más deben enorgullecer á Milán por su grandioso aspecto, digno de la época del imperio romano, es el Arco de la Paz que se inauguró en 1838 á la entrada del antiguo camino del Simplón abierto para unir á Italia con Francia. Se compone de un arco grandísimo con otros dos laterales más pequeños, adornados por todas partes con exquisitos bajo relieves que representan hechos históricos. Sus hermosas columnas corintias, sobre las cuales descansa el ático, son de una sola pieza. Corona este magnífico monumento una séstiga en que está figurada la Paz sobre un carro tirado por seis caballos. En los ángulos hay cuatro Victorias ecuestres de gran mérito. Los críticos reputan esta obra colosal como una de las mejor acabadas de nuestros días.

Como recuerdo de pasadas grandezas debe citarse el Castillo, obra que encerró tesoros de arte y que sirvió muchas veces de fortaleza á los que dominaban la Lom-

bardía. En tiempo de los españoles lo destruyó en gran parte una explosión de pólvora. A través de numerosas transformaciones subsiste aún en pie, rodeado de árboles que han hecho de su contorno un bonito paseo. A corta distancia se encuentra el Parque que vino á sustituir la antigua plaza de Armas.

La Arena ó Anfiteatro, construído á principios del siglo pasado, es de forma elíptica y se parece á los de la antigüedad. La inauguró Napoleón en 1807. Pueden caber en sus graderías cómodamente más de 30.000 espectadores. La Arena está destinada á los espectáculos ecuestres, y á simulacros navales ó naumaquias, pues el área puede transformarse perfectamente en hermoso lago.

Lo mismo que las demás ciudades de Italia, Milán presenta al viajero palacios y museos, academias y teatros en que se guardan riquezas artísticas ó se cultivan *con amore* las bellas artes y las letras. No escasean tampoco monumentos levantados para honrar á los que de algún modo supieron en vida salir de lo vulgar, distinguiéndose entre sus compatriotas. Entre ellos citaremos los de Alejandro Manzoni, poeta ilustre y novelista supremo; de Carlo Porta, poeta milanés; de César Beccaria, notable abogado y economista; la columna Verziere, mandada erigir por San Carlos en 1576; del insigne Cardenal Federico Borromeo; de Leonardo da Vinci; y de los dos Napoleones I y III, sin contar los de Víctor Manuel y Garibaldi, debidos al elemento dominante y no al pueblo en general. ¡Y aún no se erige el monumento que merece el erudito y laborioso historiógrafo César Cantú!

El paseo predilecto de los milaneses es el de los Jardines públicos que ocupan un área bastante grande, cerca de la Puerta Venecia. Están construídos al estilo inglés, con bosquecillos, pequeños lagos, fuentes, cascadas, escalinatas rústicas y todo lo que es propio de esta clase de parques. El Restaurant Montemerlo que hay allí, llama la atención por sus adornos al estilo pompeyano.

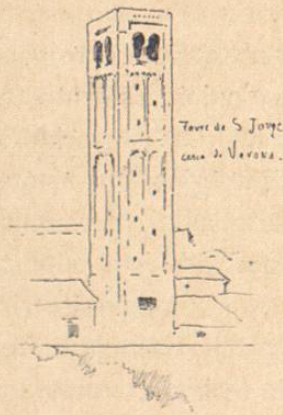
La ciudad no está limitada al antiguo recinto comprendido dentro de las murallas que la han cercado. Hoy se extiende fuera de puertas sobre la llanura, dejando ver edificios modernos de gusto esmerado y amplias avenidas. Puede decirse que, dentro de poco, se habrá levantado allí una ciudad nueva provista de todos los elementos que demanda la civilización, y quizá no esté remoto el día en que Milán justifique el título de pequeño París, que le dan los italianos entusiastas y no pocos viajeros á quienes causa *gratisima* impresión el aspecto de grandeza que presenta.

Por no ser la estación favorable nos quedamos sin hacer una visita, como lo deseábamos, á los Lagos Mayor y de Como. En el primero se levanta un monumento colosal á San Carlos Borromeo, del cual se nos han hecho grandes elogios. Es grato ver que si en Nueva-York, por ejemplo, se ha erigido á la Libertad, especie de diosa mitológica, una estatua grandiosa, en la alta Italia subsiste más digno monumento: aquélla es un homenaje á la vanidad; éste es un tributo merecido al ilustre varón que fué modelo de virtudes cristianas. A nombre de la libertad, Francia levantó cadalsos y fué regicida, y en Italia se han consumado hechos que des-

honran á los pueblos; á nombre de Cristo, los hombres santos y piadosos han sabido enjugar las lágrimas vertidas por la humanidad en sus desgracias.

Demos una mirada por última vez á la santa imagen de María que corona la aguja del Duomo, y perdónese al autor un desahogo personal. Más de una ocasión su respetable padre había ido á orar ante el altar de la *Anunziata*, como él la llamaba, y halló consuelo á sus pesares; hoy llegaba allí también el hijo á depositar sus penas y... también hallaría el consuelo; pues arde en su pecho la antorcha de la fe. ¿Y qué mejor confidente que la Virgen María? El tiempo no pasa en vano: buscamos á los nuestros allí donde debíamos encontrarlos y nadie respondió á la voz que los llamaba cariñosamente; la ciudad nos pareció un desierto, pues en ella no nos quedaba ya ni un deudo ni un amigo.

Mas la hora de partir se acerca. Díganos adiós á la hermosa perla de la Lombardía, engastada hoy en la diadema de oro y de turquesas que, en forma de cielo, ciñe la frente de la divina Italia como la más rica de sus joyas.



Torre de S. Jorge.
Calle de Verona.



Turin: Convento de las Capuchinas.

CAPÍTULO VII

UNO de los días más serenos que pueden verse en el Norte de Italia, fué para nosotros el 29 de Enero. Diríase que el tiempo invernal había rejuvenecido, como el Doctor Fausto, y nos enviaba efluvios de primera. El tren partió de la estación á la hora de reglamento, y nosotros, tranquilamente sentados en un vagón, recorriamos con la vista el paisaje, que, como kaleidoscopio, se presentaba con todos sus variados matices. Por aquí una aldea, más allá un viñedo, hacia adelante torres que dominaban muchas casitas blancas, y por todas partes animación y vida era lo que veíamos en la comarca que íbamos atravesando.

Detúvose el tren en una gran estación, y suponiendo que era la central de Turín, estuvimos á punto de ba-